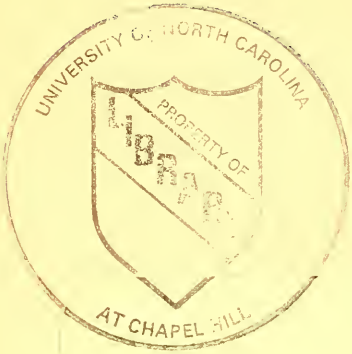
The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

862.8
T255
v.213

JEG
B.U.O.
a 00002 27161 4
PQ6217
.T44
v. 213
no. 1-23



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES
BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 213
n. 1-23

11203.

UNA FARSA MAS.

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

JOSÉ A. GARCIA DE SEGOVIA.

MALAGA

Tipografía de «El Mediodia», Cister, 4.

1878

Á TRINIDAD DIAZ DE CAPILLA

Como recuerdo de nuestra antigua y leal amistad y como anticipo de algo mejor que pienso dedicarle, si es que algo mejor puedo hacer.

El Autor.

250793

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	D.ª LUISA G. CALDERON.
LA ABUELITA. . . .	
LA SEÑORA BLASA. .	
LA TIA.	
RITA.	D.ª EMILIA MAVILLARD.
D. PEPITO.	D. RICARDO CALVO.
D. SISEBUTO.	D. JOSÉ CALVO.

La escena en Málaga.

ACTO ÚNICO

Sala elegante: puerta al foro, de entrada: dos laterales: la de la derecha, habitacion de Luisa; izquierda, balcon.

ESCENA I.

Al levantarse el telon se oye la campanilla de la puerta y á los pocos momentos entra LUISA en traje de calle, muy sofocada. RITA la sigue.

LUISA. (Dejándose caer sobre una butaca.)
Ya no me puedo tener.
RITA. ¿Qué tiene usté, señorita?
LUISA. Qué quieres que tenga, Rita?
Ese hombre de Lucifer,
ese maldito hablador
que en mi sombra convertido,
cada vez mas decidido
en declararme su amor,
me encontró para mi mal
en la calle de Granada,
y por él vengo escoltada.
¡Que hombre mas insustancial!
Y yo no le he dado pié;
al contrario, de él huí;
desde que le conocí,
ocho ó diez casas mudé;

pero nada he conseguido
y no sé ya que idear...
¿Y hay muger que quiera estar
separada del marido?

RITA. Y qué ¿tardará el señor
en volver?

LUISA. Aun tardará.

RITA. Pues solo él la librará
de ese necio adorador.

LUISA. No quiera Dios que al llegar
estemos así; mi esposo
es como un turco celoso,
y no quiero ni aun pensar
lo que suceder pudiera
si sabe que ese señor
me persigue con su amor.
¡Ay, Rita! no sé que diera
por hacer ver á ese necio
que no le amaré jamás,
y que no me inspira mas
que un soberano desprecio.

RITA. El no entiende de razones
(Mirando por el balcon.)
y además es muy pesado;
ahí lo tiene usté parado
y mirando á los balcones.
Mire usté.

LUISA. (Acercándose al balcon.)
Pues es verdad!

RITA. Librarse de él no es posible.

LUISA. Pero esto, Rita, es horrible,
¿qué dirá la vecindad?

RITA. Me hace señas, señorita;
dice que quiere subir.

LUISA. (Despues de un momento de reflexion y como iluminada por una idea.)
Pues le voy á recibir;
que suba, que suba, Rita.

RITA. Pero. .

LUISA. No hay pero que valga,

hablaré á ese majadero,
le diré que no le quiero
y salga por donde salga.
He llegado ya á un estremo
en que, rompiendo por todo,
quiero ver si encuentro modo
de librarme de ese *memo*.
Que suba, sí; yo no sé
qué decirle, mas no hay duda
que astucia me dará ayuda
y al cabo le aburriré.
Estoy decidida, Rita;
mientras voy al tocador,
haz que suba ese señor. (Váse por la derecha.)

RITA. Está muy bien, señorita.

ESCENA II.

RITA sola.

Voy á asomarme al balcon
y á ver si entiende mi seña.
¿Si la entiende? ya lo creo;
ya sube por la escalera;
que digo? ya la subió!
ya está llamando á la puerta...
Pues señor, por lo lijero
ese hombre es una centella. (Váse foro.)

ESCENA III.

RITA.—D. PEPITO.

D. PEP. Doméstica la mas buena
de las que Málaga habitan;
doméstica sin igual...

RITA. Mire usté, me llamo Rita.

D. PEP. Pues bien, Rita bienhechora,
si tu patrona divina,
todo lo imposible vence;

á tu protectora imita,
y vence los imposibles
que me apartan de la dicha,
que consiste en que me quiera
tu graciosa señorita;
esa muger ideal
que es mi norte y es mi guia,
esa muger por quien diera
sin titubear, la vida,
y que ingrata me rechaza:
¿por qué me rechaza, Rita?

RITA. Y á mí que me cuenta usté?
cuénteselo á doña Luisa
que ya se dirige aquí... (Váse.)

D. PEP. Es verdad, ¡que amor me asista!

ESCENA IV.

LUISA.—D. PEPITO.

LUISA. Sin duda usté estrañará...

D. PEP. A mí no me estraña nada.
Siempre dije: mi adorada
por ceder concluirá;
puse un asedio formal
á su corazon, y hoy veo
que al fin logré mi deseo,
y que aquel ceño fatal
con que mi amor recibía
se trueca en dulce sonrisa,
y que hoy, hermosa Luisa,
la puedo á usté llamar mia.

LUISA. ¿Pero qué dice este hombre?

D. PEP. Que cediendo en su rigor,
al fin cede usté á mi amor,
al fin acepta mi nombre;
y que tan feliz me siento,
que me pondria á bailar.

LUISA. ¿Quiere usté dejarme hablar?

D. PEP. ¡Ay, Luisa! es tal mi contento,

que no sé lo que me digo;
pero hable usted, hable usté,
oyéndola gozaré;
¡cuánto á mi suerte bendigo!
¡Quién habia de pensar
que tan pronto cedería!
La fecha de este gran dia,
en mármol haré grabar!
¿No le parece á usté así?
¿no quiere lo que yo quiero?

LUISA. Lo que quiero, caballero
es que salga usté de aquí.
Me tiene usted aburrida
oyendo tantos dislates;
esta no es casa de Orates.

D. PEP. Pero mi Luisa querida.....

LUISA. No me rinden sus halagos,
excuse el ponerse tierno;
¿pero en qué piensa el gobierno
que no hace una ley de vagos?

D. PEP. Vago me llama usté á mí?
No merezco tal dictado.

LUISA. Siempre le he visto ocupado
tan solo en seguirme á mí.

D. PEP. Que mejor ocupacion?

LUISA. Podia usté trabajar.

D. PEP. Eso me haría faltar
de Dios á la prescripcion.
Yo soy cristiano ferviente
y sé que ha dicho el Señor
que el hombre, por pecador,
con el sudor de su frente,
el pan tiene que ganar;
pues bien, esto no es posible,
porque el frio es tan horrible,
que no hay quien pueda sudar.

LUISA. (Y tiene gracia el maldito.)
Eso no me importa nada;
el caso es que soy casada,
sépalo usté, don Pepito.

D. Pep. ¿Luego mi nombre sabia?
¿Luego de mí se ha ocupado?
Luego no me he equivocado
al pensar que me queria?
Luego disimulo ha sido
todo lo que me ha hecho ver?
Sé lo que tengo que hacer.
Yo mataré á su marido;
ó habré de perder mi nombre
ó he de romperle el bautismo;
pero ha de ser ahora mismo;
¿donde encontraré á ese hombre?

Luisa. (Un escándalo vá á armar
si yo astuta no lo evito.)
Pues mire usté don Pepito,
yo le he querido embromar,
porque ni yo soy casada
ni en casarme habia pensado;
pero usté al fin ha logrado
que yo me sienta cambiada,
y si decidido está
á llamarme su señora,
hoy mismo, sin mas demora,
puede usté hablar á mamá.

D. Pep. (Yo huérfana la creí,
esta si es que es la mas negra.)
¿Mi futura mamá suegra
vive en esta casa?

Luisa. Sí,
con mi abuelita adorada,
y mi nodriza, y mi tia.

D. Pep. (Yo que suegra no queria
la encuentro cuadruplicada.)

Luisa. Con ellas puede usté hablar,
yo su fallo acataré.
Mamá saldrá á ver á usté,
aquí la puede esperar. (Váse.)

ESCENA V.

D. PEPITO solo.

Apenas he dicho envido,
la niña contesta quiero;
no es mala mi suerte... pero...
este pero me ha partido.
Quiere que hable á su mamá
y es nuestra pasion de un dia;
mire usté qué tontería,
¿con eso que sacará?
La suegra del porvenir
en esa señora veo,
y un fin trágico preveo
como la llegue á decir
que me pretendo casar.
Ella acepta, de seguro;
pero aquí empieza mi apuro.
Nada, yo debo callar.
Hablando ¿qué lograría?
Contárselo á su mamá,
y luego me exigirá
que se lo cuente á su tia,
y á la abuela y la nodriza,
pues para calmar mis males
hay tres suegras naturales
y hasta una suegra postiza.
Lo dicho, no entro por varas,
me cargan esas consultas
y temo que las resultas
me salgan despues muy caras.
(Pausa.) La mamá se queda absorta
si yo á hablarla me acomodo,
porque á ver, despues de todo,
á la madre ¿qué le importa?
No ven que doy este paso
sin permiso de la mia?
¡Cuidado con la mania!

Y lo terrible del caso
es que estoy hecho un bolonio
y que con tanto dudar,
al fin tendré que cargar
con la cruz del matrimonio.
Casarme, ese es mi deseo;
solo el pensarlo me alegra,
pero rechazo la suegra
y rechazo el Cirineo.
Solo con mi prenda amada
al Calvario llegaré,
y así al llegar no tendré
toda la sangre quemada.
Me decido, venga ahora
esa anunciada mamá;
despues de todo, quizá
sea una buena señora;
puedo estar yo equivocado
y al acceder á mi afan,
no se olvide del refran
de «casa quiere el casado»,
y no viviendo conmigo,
en paz podremos estar.
Nada, no hay que vacilar;
aquí espero al enemigo.

ESCENA VI.

D. PEPITO.—RITA.

RITA. Me encarga la señorita
diga á usté, que su mamá
está enferma y no saldrá,
pero saldrá la abuelita.

D. PEP. Oye, Rita, necesito
algunas cosas saber,
tú me puedes responder.

RITA. Pregunte usté, señorito.

D. PEP. El génio de la mamá
¿que tal es?

RITA. Es una arpía.
D. PEP. Como lo pensé. ¿Y la tia?
RITA. Esa es otra que ya, ya!
Ha compuesto una novela,
y en verso tiene hecho un drama
que no sé como se llama.
D. PEP. ¡Es literata! ¿Y la abuela?
RITA. De esa se puede decir
que en dejándola charlar
es buena; pero ¡qué hablar!
no se pára ni á escupir.
D. PEP. ¿Y la nodriza?
RITA. Esa manda
en absoluto en la casa.
Si habla la señora Blasa,
nadie en ella se desmanda.
Por eso, para agradar,
no haga la córte á su dama,
antes hágasela al ama
si se quiere usté casar.
D. PEP. Haré lo que dices, Rita,
tu consejo seguiré.
RITA. Y que Dios le ayude á usté,
que aquí viene la abuelita. (Váse.)

ESCENA VII.

La ABUELITA.—D. PEPITO.

D. PEP. Señora...
ABUEL. Señor mio... ¡Pero qué veo!
usted es Avendaño, de Rivadeo;
yo he tratado á su padre siendo estudiante,
era todo un buen mozo, pero un tunante
que enamoraba á todas con mucha gracia,
y á una amiguita mia ¡que gran desgracia!
á pesar de ser dura como una roca,
la trastornó el sentido, la volvió loca;
verdad que mi amiguita lo merecia,
porque á un pobre teniente de infantería,

despues de engatusarle dos años justos,
le dió cien desazones y mil disgustos
y ya desesperado, fué á Filipinas;
allí el pobre hizo suerte con unas minas,
volviendo á los diez años rico y muy gordo,
pero al pasar el Istmo, se quedó sordo;
y una noche en Pamplona, un centinela
que estaba custodiando la ciudadela,
le preguntó el quién vive; como él no oia
continuando su marcha, no respondia
y el centinela entonces le pegó un tiro;
mire usté que desgracia; ¡pero qué miro!
déjeme usted que vea esa corbata
que trae á mis sentidos memoria grata.
Esa era de su tio. ¡Pobre Emeterio!
me acuerdo que una tarde le armé un tiberio
porque me dijo en broma que se casaba;
y yo que le queria, que le adoraba,
le pegué dos pellizcos muy retorcidos,
y como son ustedes unos perdidos,
y nosotras tan tontas que los creemos,
al mirarle que hacía con mil estremos,
protesta de quererme toda la vida,
yo quedé consolada y convencida,
pero á los quince dias me armó otro lio;
cada vez que me acuerdo ¡valiente tio!
y mire usté, era un chico como un trinquete,
que al lucero del alba daba un cachete;
aun puede que se acuerde don Timoteo,
un alcalde muy bruto, y á mas muy feo,
que tenia una hermana, cinco sobrinas,
¡y que chismosas eran las muy indinas!
Flojo lio le armaron al boticario,
sobre si él y un amigo veterinario
tuvieron que ver algo con dos hermanas,
que eran las dos muy ricas, pero muy vanas,
y que vivian juntas con un cuñado
que cobraba su paga de retirado,
y tenia una prima que en el otoño
siempre venia á verle desde Logroño.

y era muy buena moza y era muy maja,
pero decian todos que era una alhaja!
el caso es que el cuñado con la primita
daban que hablar, y un dia que de visita
estaban en mi casa, les hice un feo,
mas lo supo enseguida don Timoteo
y el muy bestia me puso como un guiñapo,
por lo cual Emeterio le dió un sopapo
y algo mas iba á darle... pero no, miento,
no pasaron las cosas como las cuento.
Fué el caso que su tio y el boticario
hallaron á un cesante reaccionario
que tenia un sobrino que era un pazguato;
usted es del sobrino vivo retrato...

D. PEP. Pero señora mia ¿quiere usté oirme?

ABUEL. ¿De modo que usted viene á desmentirme?

D. PEP. Yo pretendo señora ver si consigo...

ABUEL. Es que es el Evangelio lo que le digo,
y tengo pruebas de ello, pruebas fehacientes,
pregúntelo usted mismo á sus parientes,
y ahora mismo, ahora mismo voy á enseñarle
una porcion de cartas, para probarle
que yo no miento nunca, que usté es un tonto
y que... espéreme un poco, que vuelvo pronto.
(Váse.)

ESCENA VIII.

D. PEPITO.

Respiro al fin, ya se fué;
pero vá á volver ahora:
¿quién resiste á esa habladora?
Yo no; bastante pasé
no pudiendo extrangularla,
me voy para no volver.
(Pausa.)
¿Y Luisa? No puede ser;
yo nunca podré olvidarla.
Suframos, pues, por su amor,

la cháchara de esa arpía.
¿Qué tal serán mamá y tia
cuando es esa la mejor?
Tengan el genio que tengan
yo me tengo que casar;
aquí me siento á esperar
á veinte suegras que vengan.
Pero si realizo al fin
esa soñada ventura,
en cuanto nos case el cura,
nos largamos á Pekin.
No quiero que sombras negras
turben nuestro matrimonio,
cargue mas bien el demonio
con esa legion de suegras.

ESCENA IX.

D. PEPITO.—RITA.

RITA. ¿Qué tal? ¿qué tal, señorito?
D. PEP. Mal, muy mal, querida Rita.
RITA. De modo que la abuelita...
D. PEP. No levantes tanto el grito,
porque la estoy esperando
y acaso te puede oir.
Al pensar que vá á venir,
mira Rita, estoy temblando.
Conozco que es una mengua,
pero aquel charlar me espanta.
Y tal vez fuera una santa
si la cortasen la lengua.
RITA. Pues ya verá usté la tia,
y la mamá, sobre todo.
D. PEP. Mira, á todo me acomodo
porque Luisa sea mia;
pero luego, la mamá
y la tia y la abuelita,
quedarán en su casita
y yo en la mia.

RITA. Ya, ya.
Usté vive de ilusiones,
usté el terreno que pisa
desconoce; á doña Luisa
no la arranca á tres tirones
del lado de su familia
ni usté, ni nadie.

D. PEP. Demonio!
Entonces no hay matrimonio.

RITA. Y doña Luisa?

D. PEP. Concilia
que ella acceda á mi deseo,
á estas mi justas querellas;
mira que cargar con ellas
es un porvenir bien feo,
y no teniendo valor,
suceda lo que suceda,
como á mi ruego no acceda
yo renunciaré á su amor.

ESCENA X.

Los mismos—y—BLASA.

BLASA. Que esto se diga en mi casa!
me parece usté un tunante.

D. PEP. Señora, usté se propasa.

BLASA. Aun no sabe este silvante
quién es la señora Blasa.
Bien me dijo la abuelita,
que le viene á usté de raza
lo de tunante: oye, Rita,
vé y dile á la señorita
que ya levanté la caza;
que este méndigo atrasao
te estaba haciendo el amor,
pero que yo le he pescao,
y que como está asustao
el probecito señor,
le voy á dar un cordial

para que no se desmaye.

D. Pep. (¡Qué furia mas infernal!)

Blasa. Usté será el animal.

D. Pep. La suplico á usté que calle,
y sino accede á mi ruego,
como mi sangre se encienda!...

Blasa. Corre á la parroquia luego (A Rita.)
y dí que toquen á fuego,
que se quema don Fachenda. (Váse Rita.)
El demonio del perdío!
pues no tiene mucho aquel!
parece un pollo arrecío:
¿por qué no bajas, Manuel,
y te llevas á este tio?

D. Pep. Señora, me está faltando,
ya la paciencia perdí.

Blasa. Y usté me está á mi sobrando
y ya se está usté marchando,
¡pues vaya un tio jilí!

D. Pep. Por los clavos del Señor
escúcheme usté un momento;
yo vine á hablar de mi amor,
á demandar su favor...

Blasa. Mire usté, mucho lo siento;
pero ya no puede ser,
por el ojo no me ha entrado,
y el tiempo vá usté á perder;
lo mejor que puede hacer
es buscar por otro lado.

D. Pep. Su injusticia no se esplica,
¿usté me conoce á mí?

Blasa. No; mas le niego la chica,
porque su cara me indica
lo que puede dar de sí.

D. Pep. Pues yo no renunciaré
á la muger á quien amo;
yo de aquí la robaré.

Blasa. ¿Amiguito, crée usté
que acaso el dedo me mamo?
Como llegue usté á volver

echándola de tunante;
¿sabe usté que voy á hacer?
pues le voy á usté á poner
aun mas suave que un guante.
No sabe usté con quien trata
y un chasco se vá á llevar,
pues como *meta la pata*
le voy á dar yo la *lata*
y vá á tener que rascar.
¿Crée usté que soy una *lila*,
ó que me caí de un nido?
Lo que soy yo es un anguila,
y le he de romper la *fila*.
Hombre ¿usté qué se ha creido?

D. Pep. Que iba á tratar este asunto
con gente de educacion.
Que me equivoqué barrunto...

Blasa. Al *ispetor* llamo al punto
y vá usté á la prevencion
como vuelva usté á decir
que educacion yo no tengo.
¡Quisiera volverlo á oir!
No sé como me contengo.
¿Lo quiere usté repetir?

D. Pep. Lo diré en una palabra;
con su charla descalabra.

Blasa. Yo soy toda una señora.

D. Pep. Es usted una habladora.

Blasa. Mi papá fué alcalde en Cabra.

D. Pep. (Por eso usté al monte tira.)

Blasa. ¿Qué dice usté, que es mentira?

D. Pep. Señora, yo nada niego.

Blasa. Aunque cubierta me mira
de lana, no soy borrego.

D. Pep. Borrego usté; qué ha de ser!
(Pantera sí.) Pero al caso.
Luisa ¿será mi muger?
ya de impaciencia me abraso.

Blasa. Pues aunque empiece usté á arder,
le repito á usté y le digo

que no, que no y que renóoo.

D. PEP. Por qué tal rigor conmigo?

BLASA. Porque para tal castigo
no crié á mi Luisa yo.

D. PEP. Señora, es usted cerril,
voy á hacer un estropicio,
yo no soy un incivil.

BLASA. Que ha de ser usté *cevil*,
usté es mas feo que Picio.

D. PEP. Si no fuera usté muger!...

BLASA. Pues si usted un hombre fuera...
le habia á usted de poner...
pero si no puede ser,
si el verle me dá dentera
y es de asco.

D. PEP. Señora mia!...
me voy ya, porque si nó.

BLASA. Qué miedo!

D. PEP. Valiente tia. (Váse.)

BLASA. (Desde la puerta.)
Que le dén una sangria.
Pues señor, ya se marchó!

ESCENA XI.

LUISA—y—RITA

LUISA. Yo ya no podia mas.
Rita, Rita, ven aquí. (Llamando.)
Valiente posma es el hombre,
pensé que no se iba á ir.

RITA. Pues ya se fué, señorita,
mírele usté por allí (Señalando al balcon.)
como alma que lleva el diablo.

LUISA. Ay! que no vuelva á venir.
¿Has visto un hombre mas nécio,
mas tonto y mas zascandil?
Cuanto mas yo le insultaba
menos se queria ir,
y hubo ya algunos momentos

que la esperanza perdí;
pero la señora Blasa, (Riendo.)
pudo conseguir al fin
que se fuera don Pepito:
ahora Rita soy feliz.
Voy á quitarme estos trapos
que ya no me han de servir. (Váse.)

ESCENA XII.

RITA sola.

Venció al fin mi señorita.
Lo que sabe una muger!
Igual que si fuera cómica
supo decir su papel.
Cómo engañó á don Pepito
y cómo le hizo creer
que era una vieja habladora
y una nodriza soez
El pobrete todo el dia
no vá á parar de correr: (Al balcon.)
pero, qué digo! allí vuelve,
no hay duda, no hay duda, es él!
Ya me ha visto y me hace señas;
no me queda mas que ver!
Avisaré á mi señora;
pero la puerta abriré,
no sea que éntre en sospecha
y todo se eche á perder. (Váse.)

ESCENA XIII.

D. PEPITO solo.

El arroyo busca el rio,
el rio busca la mar,
las flores buscan el sol,
el hierro busca el iman,
los buzos buscan las perlas,

los pobres buscan el pan,
á mí una legion de *ingleses*
me busca ¡ay Dios! sin cesar,
y yo busco sin descanso
á esa muger ideal;
pero el arroyo y el rio
y la flores y el iman
y los buzos y las perlas
consiguen siempre encontrar
lo que buscan, y los pobres
tambien suelen hallar pan;
los condenados ingleses
me suelen tambien hallar;
pero yo busco una cosa
que no encontraré jamás.
Ese cuarteto de suegras
mató mi felicidad.
¿A qué he vuelto yo á esta casa?
Para ver si puedo hablar
á esa muger hechicera,
para pintarle mi afan
y despues que la marée
ver si se deja robar;
porque si median las suegras,
no hago la barbaridad.
Si cargar con una es malo,
siendo cuatro, ¿qué será?
Nada, nada, es necesario
esta casa abandonar,
y entre las suegras y Luisa
poner una inmensidad.

ESCENA XIV.

D. PEPITO—y—RITA.

RITA. Doña Luisa ya venia,
mas se opuso su mamá
y ahora en su lugar vendrá...

D. PEP. ¿La nodriza?

RITA. No, la tía.
D. PEP. Es la tercera edicion
de suegra; puede venir.
RITA. (Ahora vás á recibir
la tercera desazon.)
La tía no es nada basta,
es todo *romantiquez*,
pero mire usté, á la vez
tiene un génio...
D. PEP. Sí, de casta;
mucho me temo otro lance.
RITA. No salga de sus casillas.
D. PEP. No, que si me habla en quintillas,
la responderé en romance.

ESCENA XV.

LA TIA—y—D. PEPITO.

D. PEP. Señora á los piés de usté.
TIA. Soy muy de usté caballero;
pero no esté usté de pié,
tome asiento lo primero.
D. PEP. (Con esta al fin hablaré.) (Se sientan.)
TIA. Usté se quiere casar
con mi sobrina querida?
D. PEP. Si, señora.
TIA. ¿Va á trocar
la poesía de la vida
por esa prosa vulgar
que se llama matrimonio?
Hace usté mal, caballero.
D. PEP. Señora, soy un bolonio;
pero tanto á Luisa quiero,
que me daría al demonio
por poderla llamar mía.
¿No conoce mi ansiedad?
TIA. Ay jóven! usté debía
conservar su libertad.
Ya la llorará algun dia,

cuando se acabe el placer.
Usté debia pensar
que no existe una muger
que le pueda compensar
la dicha que vá á perder.
¿Es usted poeta?

D. Pep. Sí.

Tia. Y amando la poesía,
¿cómo piensa usted así?

D. Pep. Señora, es que yo quería
fuese Luisa para mí
ó Melpómene ó Talía.

Tia. Qué gran equivocacion!
Mi sobrina es pura prosa,
matará su inspiracion;
y usté, vate de pasion,
necesitaba otra cosa.
Una muger ideal
que al Parnaso le acompañe,
una musa celestial
que allá en Castalia se bañe.

D. Pep. (Pues señor, esto vá mal,
esta musa verdi-negra
me vá á declarar su amor.
Ya la vista se le alegra...
Era horrible para suegra,
mas para amante... qué horror!)

Tia. Lo que le conviene á usté
es un sol casi en su ocaso,
pero que aun brillante esté:
una alumna del Parnaso...

D. Pep. (Está visto, la fleché.)

Tia. Que logre hacer que la historia
escriba imperecederas
páginas á vuestra gloria,
que sirvan para memoria
de las gentes venideras.

D. Pep. Pero existe esa muger,
ese arcángel, esa hurí?

Tia. Sí existe.

D. Pep. No puede ser.
¿Dónde está? la quiero ver.
Tia. Pepito, está junto á tí.
D. Pep. (Ya la mina reventó.)
Tia. Yo soy tu musa soñada;
Apolo me iluminó.
D. Pep. (Pues, señor, se disparó
y me vá á dar la tostada.)
Tia. ¿Quieres, Pepito, que cante
del áura el beso sutil,
cuando suave y amante
orea nuestro semblante
en las mañanas de Abril?
¿Quieres que cante á la aurora,
á su arrebol matutino,
cuando los celajes dora,
á esa purísima hora
que todo en ella es divino?
¿Quieres que la lira mia
diga en lenguaje de amores
por qué cantan en la umbria,
al aparecer el dia,
los pintados ruiseñores?
¿Quieres, que el manso arroyuelo
te diga por qué murmura?
¿por qué con vehemente anhelo
manso corre por el suelo
y abandona su clausura?
¿Quieres de la yerbecilla,
que sus perfumes y flores
ostenta fresca en la orilla,
saber los cruentos dolores
de su existencia sencilla?
¿Quieres que del mar rugiente
la sublime magestad
mi humilde lábio te cuente,
ó de su mansa corriente
la sublime vaguedad?
Todo eso en mi mente gira:
mi musa rica en creaciones

desde hoy en tu amor se inspira,
por un *mas allá* delira...

D. Pep. (Acompañando con la accion)
(Me están dando tentaciones...)
Detente, musa, detente,
y dí siempre *vade retro*
á ese delirio imprudente,
y si no hay inconveniente,
puedes variar de metro.

Tia. Que cambie de metro! Tus rubios cabellos,
tu grata mirada, tu dulce reir,
inundan mi alma de claros destellos,
y quitan al pecho el hondo sufrir.
Escucha á tu amada, que tierna, amorosa,
dolientes endechas entona por tí,
y vé con ardiente mirada afanosa
se acerca el momento que tanto temí.
Fugaz es la vida, fugaz es el tiempo,
fugaces los años se pasan tambien;
y nada sujeta su vuelo violento,
destruya esperanzas, ó acumule el bien.
Pronto con mis alas de blanca paloma
el vuelo hácia el mundo podré levantar,
mas él con sus galas, su fausto y su aroma,
mi tierna inocencia querrá arrebatar.
Yo espero, mi amado, que no me deslumbre
su efímero brillo, su falso esplendor;
yo sé que se encuentran tras luciente lumbre,
heladas cenizas que causan pavor.
Hoy pura y modesta levanto la frente,
sin nubes que empañen su hermoso color;
hoy sigo el camino, cual astro luciente
que el zénit recorre con bello fulgor.
Mañana, siguiendo con rápido giro,
tendré dobles luces que tú me darás.

D. Pep. Sí, te daré luces, y te daré... un tiro,
muger endiablada! (ya no puedo mas!) (Váse.)

ESCENA XVI.

LUISA, —RITA,—despues—D. PEPITO.

RITA. (Desde la puerta.)
¿Con que por fin se fué ya?
LUISA. Sí, Rita, ya se ha marchado,
y vá el hombre tan quemado
que creo no volverá.
Tú, sin embargo, está alerta,
pues con él es de temer...
RITA. Como se atreva á volver,
lo que es yo no abro la puerta;
no vá usté á estar, señorita,
cambiando siempre de caras.
¡Pero que tachas tan raras
hace usté, que es tan bonita!
LUISA. Aduladora...
RITA. ¿Por qué
no he de llamar á usté bella?
D. PEP. (Entrando.)
Y yo opino como ella,
Luisa, ¡que linda es usté!
LUISA. Este hombre me causa miedo!
¿Cómo ha llegado usté aquí?
D. PEP. Por verla á usté me escondí,
y he descubierto el enredo.
LUISA. Y no habrá forma ó manera
para hacerle á usté entender
que no le puedo querer?
D. PEP. Si es preciso que me quiera.
(Hizo de musa ideal
el papel con maestria;
por si es dada á la poesia,
me pondré sentimental.)
¿Por qué tu cándida frente
cubre nebuloso velo?
¿Por qué apartas, Luisa ¡oh cielo!
la airada vista de mí?

¿Por qué tu lábio agitado
me anuncia crudos enojos?
¿Por qué tal ira en tus ojos?
¿Por ventura te ofendí?
Si fuí tal vez imprudente,
culpa á tí y á tu hermosura,
culpa á mi negra ventura,
culpa á mi ardiente pasion.
¡Acaso acertar pensaba!
¡Perdon! mi ofensa disculpa.
Pues que de amor es la culpa,
¡piedad de mí! Compasion!

LUISA. Solo al pronunciar mi nombre
me está usté infiriendo agravio
y es preciso que su lábio
selle el respeto hácia mí.
Yo nunca le dí motivo
para tanto atrevimiento,
y espero que en el momento
salga por siempre de aquí;
y aun le diré á usté otra cosa,
y es que de aquí en adelante,
no sea usté tan cargante
cuando quiera enamorar;
pues teniendo la muger
gran dósis de sentimiento
quiere en el hombre talento,
y... empiécelo usté á buscar. (Váse.)

ESCENA XVII.

D. PEPITO solo.

Con qué gracia tan dulce y hechicera
me ha dado esa muger el revolcon;
está visto que soy un primavera
y que toco á dos manos el violon.
Mirando el monumento de Torrijos
una tarde la ví; me enamoré,
y despues, los cuidados mas prolijos

en agradarla siempre desplegué.
Yo en la calle, en la iglesia, en la Alameda,
una vez y otra vez la requerí,
y nada, nada por hacer me queda
para obtener el anhelado sí.
Lasciate ogni speranza dijo el Dante,
aquí dejo la mia digo yo:
me tienen por corrido y por tunante,
pero esa fama hoy mismo se acabó.
Y el caso es que me gusta esa muchacha
y otro avance debia yo intentar;
probemos, que quizá cambie la racha
y además que ¿quién vence sin luchar?

(Se sienta.)

ESCENA XVIII.

D. PEPITO,—D. SISEBUTO—y—LUISA.

D. Siseb. Despues de mucho correr
y de mucho preguntar
á casa de mi muger
pude por fin arribar.
Ya mi rumbo no es incierto,
ya puedo andar sin reparo,
aquí tengo yo mi puerto,
aquí tengo yo mi faro.
Por eso no naufragué
los anchos mares cruzando,
por eso hasta aquí llegué
su radiante luz buscando.

D. Pep. ¿Qué buscará este hotentote
que así hasta aquí se coló?

D. Siseb. ¿Quién será este monigote
que no le conozco yo?

D. Pep. Si será... sí, es muy posible,
esto es un nuevo disfraz;
esa barba tan horrible
le desfigura la faz;
pero es ella, ya no hay duda,

pues no me dejo engañar.
Cupido, dame tu ayuda,
vamos de nuevo á probar.
(Se arroja á los piés de Sisebuto.)
Luisa, cual rendido amante
vuelvo á postrarme á tus piés,
pruébete si soy constante
la postura en que me vés.
Abandona esos disfraces
que tu ingenio te sugiere
y firma tierna las paces
con el que tanto te quiere.
Que á todo estoy decidido
creo que no dudarás,
yo mataré á tu marido...

D. Siseb. (Cogiéndole por el cuello.)
¡Un demonio matarás!
Yo sí que te mato á tí
si no dices C por B
á qué vinistes aquí.

D. Pep. Pues mire usté, no lo sé.

D. Siseb. ¡Y dice que no lo sabe!
Te lo haré recordar yo.

D. Pep. Es que vine por la llave
para dar cuerda al reló.

D. Siseb. Yo te voy á dar la cuerda
porque te voy á colgar;
antes que la calma pierda
decídete al fin á hablar;
sinó á fé de Sisebuto
del balcon te colgaré.

D. Pep. Quién me libra de este bruto?

Luisa. Yo todo lo contaré.

D. Siseb. Luisa, tú; ¿qué significa?

Luisa. Nada que ofenda tu honor,
todo este enredo se explica
porque es un nécio el señor
que me quiso á mí tratar
como pais conquistado
y que ahora se vá á marchar

aburrido y deshauciado.
Despues yo te contaré...

D. Pep. Señora, yo solo quiero
que su perdon me dé usté;
y en cuanto á usted, caballero...

D. Siseb. Yo le digo, señor mio,
que apriete usted á correr
porque mucho desconfio
de poderme contener.

D. Pep. Abur, pues.

Luisa. No; que es preciso
que antes de salir de aquí
solicite usté el permiso
de aquellos que están allí.

D. Pep. Lo que es eso, si que no;
usté lo debe pedir:
nunca una muger pidió
sin su objeto conseguir.
¿Quién les niega á ustedes nada?

Luisa. Eso es mucho confiar.

D. Pep. Siendo la beneficiada
cuanto pida le han de dar. (1)

Luisa. (Dirigiéndose al público.)
Es costumbre inveterada
en toda teatral funcion
antes que caiga el telon
demandar una palmada.
De este juguete el autor,
esa tradicion siguiendo,
se llega hasta tí pidiendo,
público amigo y señor,
que esta pieza baladí,
aplaudas, gústete ó no;
por ella, si te agradó,
si no te agradó, por mí.

FIN.

(1) Esta redondilla puede suprimirse en la representacion.

Esta comedia se halla de venta al precio de 4 reales, en todas las librerías.

Es propiedad del autor.